

Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)

Exposición en la Residencia de Estudiantes (marzo-junio 2007)

Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN
Nicolás ORTEGA CANTERO

(Comisarios de la Exposición)

El 29 de marzo de 2007 se inauguró, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, una exposición dedicada a «Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)». Organizada por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, del Ministerio de Cultura, y la propia Residencia de Estudiantes, estuvo abierta durante más de dos meses, hasta el 3 de junio. Con ella culminaba y concluía la conmemoración del centenario de su nacimiento, iniciada tres años antes con la celebración de cuatro mesas redondas y la publicación de un libro en el que se recopilaban algunos de sus trabajos de geografía urbana.

Lo que hemos pretendido con esa exposición ha sido acercarnos a la biografía intelectual de Terán, a lo que su personalidad y su obra han supuesto en el panorama de la moderna geografía española. Hemos querido recordar –y visualizar– el legado de Terán, su forma de entender la geografía y de practicarla, y también su original manera de insertar esa perspectiva geográfica en el horizonte intelectual y cultural de su tiempo. En varias ocasiones, cuando nos han preguntado sobre la intención última de la muestra, hemos contestado muy sucintamente diciendo que se trataba de hacer ver que Terán fue un intelectual entre los geógrafos y un geógrafo entre los intelectuales. Porque fue, en efecto, uno de nuestros escasos geógrafos que participaron con entidad en el mundo intelectual de su momento, a la vez que uno de los pocos intelectuales que ejercieron un magisterio en la geografía de entonces, prolongado y mantenido luego en una amplia escuela. Terán supo unir ciencia y cultura de modo ejemplar e influyente, y otorgó con ello una especial profundidad a la geografía y la situó con calidad en el mundo cultivado que le rodeaba.

Esa conexión entre el horizonte geográfico y el intelectual, entre la perspectiva científica y la cultural, fue una de las notas más destacadas del pensamiento y de la labor de Terán, presente en toda su dedicación docente e investigadora. No fue algo azaroso o casual, sino el resultado de la convergencia de dos tradiciones diferentes y valiosas: por una parte, la tradición intelectual española inicialmente conformada por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza y prolongada después en los planteamientos promovidos por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y, por otra parte, la tradición científica del pensamiento geográfico moderno, sobre todo francés, con su atención a la geografía humana y su orientación paisajística y regional. Ambas tradiciones deben ser tenidas en cuenta, por tanto, para caracterizar las claves de la obra

de Terán, y eso es lo que procuramos hacer y expresar cuando decidimos el contenido y el orden de la exposición a él dedicada.

La muestra se organizó en tres escenarios sucesivos: el intelectual, relacionado ante todo con la primera de las tradiciones mencionadas, el científico, principalmente conectado con la segunda, y el del trabajo personal, en el que ambas se hermanaron de modo concreto. Tal secuencia argumental procuraba atender ordenadamente a los rasgos indicados de la obra de Terán, a sus dimensiones intelectual y geográfica, cultural y científica, para ofrecer finalmente, en conjunto, una imagen fidedigna de su personalidad y del significado de su labor. Veamos un poco más despacio cuáles fueron la intención y el contenido de cada uno de esos tres ámbitos o escenarios de la exposición.

EL HORIZONTE INTELECTUAL

Este primer ámbito comprendió los aspectos relativos a la formación de Terán, a su quehacer como profesor –de Instituto y de Universidad– y a su inserción en el mundo intelectual de su tiempo. Se plasmaron los hechos más sobresalientes de su trayectoria: desde los estudios de bachillerato y universitarios, hasta el ingreso en las Academias de la Lengua y de la Historia, pasando por la obtención de las Cátedras de Instituto y de Universidad. Y a ello se añadió todo lo relativo a su inserción intelectual, a su continua relación con algunos de los más destacados exponentes del mundo intelectual de su tiempo.

La intención que vertebró argumentalmente este primer escenario fue señalar la decisiva importancia que tuvo en la conformación de las coordenadas intelectuales de Terán su relación con la tradición institucionista. Entró en contacto con ella gracias a su colaboración con el Instituto-Escuela de segunda enseñanza de Madrid, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Allí pudo conocer Terán, en momentos decisivos para su formación, el legado de la Institución Libre de Enseñanza, muy presente en el Instituto-Escuela –como, en general, en todas las iniciativas de la Junta para Ampliación de Estudios–, y pudo conocer, por tanto, no sólo su ideario educativo, sino también las claves de su horizonte intelectual y moral.

Era un mundo desconocido para él, del que nada sabía cuando llegó al Instituto-Escuela. «Yo no tenía entonces –recuerda en una de sus conferencias– ni la menor referencia, ni idea de lo que era el Instituto-Escuela, ni la Institución». Fue precisamente en el Instituto-Escuela donde descubrió lo que era todo eso, donde tuvo la oportunidad de acercarse a la tradición institucionista, con todos sus componentes intelectuales, educativos y morales. Lo comentó el propio Terán con palabras elocuentes:

«Yo nunca he pretendido, sino que, por el contrario, lo he negado, que los profesores que formaron su cuadro inicial, y los que después nos fuimos incorporando, fuéramos superiores por nuestra formación universitaria y académica a los de otros institutos de España; pero desde mis primeros años como profesor auxiliar percibí la existencia de un clima y un ambiente que era algo nuevo para mí, un afán de calidad intelectual, moral, estética, y entonces fui cayendo en la cuenta de que eso no había surgido espontáneamente en la Colina de los Chopos, que tenía otros orígenes; con el tiempo comprobé que me hallaba completamente inmerso en un ambiente que era el de la Institución».

En ese ambiente –el de la Institución– estuvo Terán durante doce años, hasta la clausura del centro en 1936, y allí incorporó e hizo suyas las ideas y las actitudes que lo caracterizaban. De manera que Terán se acercó al horizonte institucionista a través del Instituto-Escuela, una de las fundaciones de la Junta para Ampliación de Estudios. Ello quiere decir que Terán estuvo vinculado desde los años veinte, desde que comenzó, con dieciocho años, su colaboración con el Instituto-Escuela, a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que era–conviene recordarlo–, además de heredera directa de la perspectiva de la Institución, el núcleo intelectual y científico más importante de la España de su tiempo.

Pero esa vinculación no se redujo a su participación en el Instituto-Escuela. Colaboró también durante algunos cursos, en la segunda mitad de los años veinte, en la Sección de Arqueología del Centro de Estudios Históricos, también de la Junta, encabezada por Manuel Gómez-Moreno, que fue el director de su tesis doctoral. Y tuvo, en fin, en 1933, una pensión de la misma Junta para ampliar estudios de geografía en la Universidad de París, donde pudo ponerse en contacto –con el consiguiente beneficio para su formación como geógrafo– con una de las escuelas geográficas más pujantes y renovadoras de entonces.

Esa conexión con el mundo de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y, a través de ella, con la tradición intelectual procedente de la Institución Libre de Enseñanza, con todas sus dimensiones educativas y científicas, resulta decisiva para entender la perspectiva profesional de Manuel de Terán. La incorporación y el consiguiente cultivo de los valores promovidos por esa tradición es la razón principal de su singular manera de afrontar el trabajo geográfico sin desarraigarlo del horizonte intelectual al que en rigor pertenece y en el que adquiere su más cabal sentido. Eso es lo que ayudaban a entender los materiales expuestos en el primer escenario de la exposición.

Algunos ejemplos pueden ayudar a entender el alcance de esa conexión. El primero de ellos tiene que ver con el significado de las excursiones en la tradición institucionista y el interés que, en relación con ella, mostró Terán hacia el estudio de las ciudades históricas cercanas a Madrid. Terán participó activamente –y en la exposición se recogieron varios testimonios gráficos de ello– en las excursiones escolares del Instituto-Escuela, que buscaban, como él mismo recordó, «el mejor conocimiento de las ciudades y paisajes españoles, de sus monumentos y sus hombres». Era el caso, entre otros, de las que organizaba regularmente Francisco Barnés, Catedrático de Geografía e Historia, a las ciudades próximas a Madrid, «en un radio –dice Terán– de 100 kilómetros», de modo que todos los grupos de alumnos tenían que hacer al menos tres de esas salidas al año.

Tales excursiones prolongaban con fidelidad el marcado interés hacia esas ciudades –y en particular, hacia Toledo– mostrado, desde el siglo anterior, por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Las excursiones que los institucionistas hicieron a Toledo fueron muy numerosas, y basta leer lo que ellos mismos, con Giner y Cossío en cabeza, escribieron sobre esa ciudad, para darse cuenta del alto significado que adquirió en su horizonte intelectual y también en su horizonte reformista y patriótico. Y esas excursiones, con su raigambre institucionista, deben conectarse con el marcado interés investigador que habría de mostrar después Terán por esas mismas ciudades próximas a Madrid, interés que se tradujo, por ejemplo, en sus estudios sobre Toledo, y en los estudios que promovió, como tesis doctorales, entre algunos de sus discípulos. El interés de Terán por las ciudades próximas a Madrid, y, en particular, su gran interés por la ciudad

de Toledo, se inscriben así plenamente en una sólida tradición institucionista, que buscó en esas ciudades –y sobre todo en Toledo–, las claves de la propia identidad cultural y nacional.

El otro ejemplo se refiere a la participación –o, como se decía en la exposición, la inserción– de Terán en el mundo cultural e intelectual de su tiempo. Tal participación estuvo también en buena medida apoyada en su conexión con el horizonte intelectual de ascendiente institucionista que alentaba en la Junta para Ampliación de Estudios. Terán conformó su personalidad intelectual en ese horizonte, del que recibió una influencia fecunda y al que fecundó también con sus puntos de vista y su pensamiento. Él mismo señaló dos pilares de esa influencia: «los dos grandes maestros extrauniversitarios que yo he tenido –escribió–, los que han moldeado mi pensamiento y han forjado, templado y afinado las cuerdas de mi sensibilidad han sido D. José Ortega y Gasset y D. Antonio Machado». Basta leer con cuidado los textos de Terán para comprobar que no son ajenos al influjo de esos dos grandes maestros, Ortega y Machado, ambos relacionados, aunque de modo diferente, con el horizonte de la Institución y la Junta. A ese mismo horizonte remitieron algunas otras relaciones, en ocasiones influyentes, de Terán, como las que mantuvo con Fernando de los Ríos y Julián Besteiro.

Mantuvo también Terán relaciones fructíferas con otros intelectuales –naturales, historiadores, filólogos, filósofos–, y tales relaciones estuvieron a menudo favorecidas por la común conexión con el legado institucionista y con las iniciativas de la Junta para Ampliación de Estudios. Baste citar, para corroborarlo, nombres como los de Eduardo Hernández-Pacheco, Ramón Menéndez Pidal o Rafael Lapesa. Y ese mundo de ideas, creencia y actitudes, derivado de la Institución y la Junta, aparece casi siempre como telón de fondo de los círculos en los que se movió Terán, en los que participaron, entre otros, intelectuales como Díez del Corral, Mariano Yela, Pedro Laín y Julián Marías. De modo que puede decirse, en resumen, que la inserción intelectual de Terán estuvo fundamentalmente apoyada en su proximidad al horizonte derivado de la Institución y la Junta. Esa inserción le permitió proporcionar a su modo de entender y practicar la geografía un valioso –e infrecuente– aliento intelectual. Y su ingreso en las Academias de la Historia y de la Lengua, hablando en ambos casos de las conexiones entre ciencia y cultura a propósito de la visión de las montañas, puede entenderse como el lógico colón de esa inserción intelectual.

EL HORIZONTE CIENTÍFICO

El magisterio y la obra de investigación de Terán abarcaron todas las modulaciones de la geografía de su tiempo y no pocas las aportó él mismo. En su haber están la geografía del mundo, la geografía física, la rural, urbana, industrial, de las islas y los continentes, la teoría y la práctica, la del presente y del pasado –y, como vemos con esta exposición en 2007, también la futura–, la geografía universal y la local, la relativa a las líneas avanzadas de investigación y la de los clásicos. Dominaba la ciencia del mundo y le gustaba, creía en lo que hacía y contagiaba la seguridad que de ello se desprende. Era exigente en la calidad y poseía un elegante culto por el trabajo. Así logró poner la ciencia geográfica española al día mediante un proyecto de investigación personal combinado con el de escuela. Abordar este conjunto en una exposición no es sencillo, por lo que tuvimos que optar por la selección alrededor de unas claves de su obra.

Hizo todo lo dicho en un momento fundacional entre nosotros de la geografía universitaria, resolviendo los problemas teóricos mayores de la geografía humana y abriendo puertas científicas a asuntos y a métodos que emergían en la ciencia. Además, planificó y fue conductor de un programa de trabajo en el conocimiento científico de la realidad geográfica española. Nos atuvimos, en cualquier caso a seis claves, que organizaron la selección de objetos expuestos y su distribución ordenada en el espacio disponible. Esas directrices fueron: la causalidad en geografía, el entendimiento de la naturaleza, el paisaje, la montaña, la geografía y la sociedad, y la visión de lo real.

El planteamiento teórico de la causalidad en geografía fue una reflexión necesaria sobre el problema de la determinación del medio, que venía planteado largo tiempo por historiadores, filósofos y por geógrafos. Poner a andar la geografía española en un nivel y en unos presupuestos de suficiente entidad obligaba, por tanto, a abordarlo y a darle una salida intelectual. Aunque el problema estaba ahí previamente, apenas había sido planteado en España. Podríamos decir que sólo Ortega y Gasset lo había debatido al establecer su diferenciación conceptual entre medio y paisaje. Terán abordó esta cuestión en 1957 consciente de su significado crucial. Los nombres de Ritter, Vidal, Ratzel, Febvre o incluso Toynbee se incorporaron con ello al escenario conceptual de la geografía que estaba formalizándose.

«Frente al determinismo –escribía– el posibilismo renuncia al riguroso encadenamiento causal, que aquél supone anudado entre los factores físicos y los fenómenos humanos; el medio físico no es una constante absoluta, fiel a la repetición inmutable de unos mismos dictados; no existe predestinación geográfica ni predicción, no existen comarcas o formas de paisaje natural destinadas a producir o albergar unas mismas formas de humanidad; el medio físico no es causa necesaria, sino contingente; no tiene un valor absoluto, sino relativo, es sólo pura posibilidad o posibilidades, cuya actualización depende esencialmente del hombre, de su libertad para elegir entre una y otra posibilidad, de acuerdo con las características de su temperamento y mentalidad, circunstancia histórico-cultural en que su vida se mueve, disponibilidades técnicas e instrumentales, repertorio de ideas, creencias y fines que integran el armazón de su cultura... La utilización del medio por el hombre, el diálogo que con él entabla, los vínculos que con él anuda, dependen, en última instancia, de la idea que se hace de su posición en el mundo, de la manera de entender su relación con la naturaleza, de la valoración que hace de sus posibilidades y sus recursos, en función de sus necesidades y de los fines que se propone, sujeta, pues, a variaciones históricas en las que entran en juego desde la atención de su primaria subsistencia hasta sus ideas, creencias religiosas, instituciones políticas y sociales» (1957).

Terán tuvo, además, un activo interés por el medio físico. En sus clases, en excursiones al Guadarrama o a Gredos, en las tutelas de la formación de sus discípulos y hasta en ciertas metáforas de su conversación se traslucía una formación naturalista inequívoca. Los objetos de sus mismos escritos literarios lo indican. Su amor a las plantas era una muestra de esa inclinación particularmente constante. Incluso su estilo de trabajo reposaba sobre un fondo de método de geógrafo completo y sobre unos conocimientos profundos de la naturaleza. Pero además estuvo atento a las ideas innovadoras sobre el cosmos y sobre los modos que toma nuestra relación con el entorno natural. En cierto modo había detrás una geografía donde aún latía Humboldt y en la que resonaba todavía el carácter moral que Ritter otorgaba a la implantación humana en los paisajes de la Tierra. Por ello, entre las aportaciones de Terán destacan sus ensayos de incorporación

de las ideas de la segunda mitad del siglo XX sobre el dinamismo terrestre y sobre la conducta ética de protección de la naturaleza. Ambas contribuciones significan la agregación de la geografía a dos temas mayores.

Por un lado, tras la sustancial aportación de Wegener al dinamismo global de la corteza terrestre mediante la hipótesis de la “deriva de los continentes”, la revisión que se hizo de aquel sistema en los años setenta del pasado siglo mediante la tesis de la “tectónica de placas” dio lugar a un momento crucial de renovación en los planteamientos geológicos del planeta. Se publicó en un homenaje a Xavier Zubiri (1970), como testigo del paso entre un capítulo que cierra y otro que se abre, y en un contexto muy expresivo del puente que Terán tenía establecido y que siempre traspasó entre la geografía y el mundo intelectual. Por otra parte, en 1966, de modo marcadamente pionero en España, Terán publicó una temprana reflexión ética sobre la protección de la naturaleza. Los movimientos ambientales se desarrollan en Europa con el estilo actual a partir de los años setenta, por lo que el trabajo de Terán tiene un significado precursor. Constituyó un rescate de los cimientos de la geografía moderna inicial, en la que Ritter expresó este contenido, al plantear la utilización del medio por el hombre, “el diálogo que con él entabla”, de modo que los hechos geográficos no son vistos como neutros ni exentos de responsabilidad. Fue producto y acicate de una preocupación moral que acompaña a la actividad profesional y la aconseja. Es el apoderamiento histórico del paisaje natural lo que produce, tras sus abusos, el surgir de “una nueva conciencia” a la que la geografía no es ajena.

El paisaje en sí mismo es el rostro de una realidad territorial, la forma y el rostro adquiridos por los hechos geográfico y, además, la imagen que se le otorga por una elaboración histórica en el campo de la cultura. Su entendimiento procede a la vez de su historia cultural y de la aplicación de un método de investigación para su análisis, su comprensión y su exposición. Los tres aspectos –realidad, cultura y ciencia– se establecen inevitablemente con mutuas influencias. De este modo, la geografía clásica, que planteó explícitamente desde fines del siglo XIX su carácter territorial al definirse como “ciencia de los lugares”, ya desde inicios del XX precisó su interés por las configuraciones espaciales terrestres al proclamarse tan tempranamente “ciencia del paisaje”. La geografía moderna había abierto los ojos a los paisajes desde Humboldt, y ello venía derivado de una atención cultural al paisaje más general, explícita desde los renacentistas, en ascenso desde los ilustrados y en expansión de claro contenido romántico. La geografía vidaliana fue paisajista, y lo fue la escuela alemana clásica aún más decididamente. En el año 1960 Terán expresó directamente la asociación de la geografía al estudio del paisaje al hacer un balance de la situación de esta ciencia, mostrando que el entendimiento global del paisaje requiere el ajuste de una geografía igualmente global. El pensamiento vidaliano partía del principio de la unidad de lo terrestre, de la combinación, correlación y encadenamiento de los fenómenos, reforzado por la idea sagaz de que “la geografía está atraída por las realidades”. El balance de 1960 es, pues, expresivo de ese momento y también de una doctrina sobre un modo de entender el conocimiento geográfico. “Las combinaciones espaciales de los hechos geográficos” –escribía Terán– son la clave de “la conjugación... de hechos y voces de dominios diversos”. “Lo real en la superficie terrestre no es la forma de relieve abstracta de las condiciones climáticas que en ella actúan, de su revestimiento vegetal y de todo aquello que el afán y el trabajo del hombre añade: lo real es su trabazón”. Y concluye: “la Geografía: ciencia del paisaje”. Años después aún proseguía Terán esta enseñanza en sus clases universita-

rias o la desarrollaba en seminarios para un grupo reducido de colaboradores en el Instituto Juan Sebastián Elcano del CSIC, en reuniones científicas periódicas cuyo nivel y sentido vocacional debería producir añoranzas. Tal ciencia –escribía– está caracterizada por “el contenido de su visión de lo real. Esa realidad es la totalidad de la superficie terrestre, la Tierra que nos sostiene y el aire que respiramos, la roca y su vestidura vegetal, los cielos y los mares, las aguas que desde la tierra a los mares corren, el llano y la montaña, el campo cultivado, la aldea y la ciudad y cuanto el hombre añade a su horizonte natural. La combinación, en proporciones de magnitud variable, de todos los factores que integran esa realidad, hace de la superficie terrestre un mosaico de espacios diferenciados por su forma y color, de individualidades fisionómicas o paisajes, cuyo conocimiento y excitación es el objeto propio de la Geografía moderna”.

La aproximación de Terán a la naturaleza y al paisaje tiene distintas encrucijadas concretas. Una de ellas, bastante especial en su obra, es la montaña. Aquí se muestra el geógrafo de campo, el naturalista, el viajero, con algo de institucionalismo, algo de etnografía y algo contemplativo. El hecho es que dedicó a las montañas trabajos significativos y que les concedió los protagonismos de los discursos de entrada en las academias de la lengua y de la historia. Su atención a la montaña se manifestaba espontáneamente en muchos aspectos, por ejemplo en su placer por recordar los versos del guadarramista Enrique de Mesa, pero abarcaba sus aspectos físicos y humanos y concedía un grado de interés particular a su distintivo ciclo cultural. Este acercamiento a la cultura de las montañas fue una obra de madurez, formalizado en un conjunto de ensayos tardíos sobre *de Causa Montium, de Montium Admirazione* o del *Mythos al Logos* (1977, 1980, 1987), en los que reflejan los pasos que conducen al conocimiento responsable del paisaje de montaña. Dado que ese ciclo cultural europeo de la montaña adquirió la entidad necesaria para constituirse en un canon fundamental de la cultura del paisaje, la atención que le dedicó Terán estuvo movida por la búsqueda de un nuevo centro intelectual de calidad. La lectura de un paisaje puede contener, visible o no en él, la de un proceso cultural, porque un paisaje está hecho no sólo de rocas, plantas, nubes, casas, sino de ideas. Además, al igual que en su ética de la naturaleza de 1966, en esta vuelta tardía a la montaña hay una fiel raigambre institucionalista. El sentimiento de la montaña tomó realmente cuerpo moral en la cultura española con Giner de los Ríos y el movimiento pedagógico de acercamiento a la naturaleza.

En la mayor parte de la obra de Terán está muy presente su atención a los hechos sociales que se traducen en organización geográfica del territorio y del paisaje. Está en sus ensayos, en sus investigaciones sobre áreas rurales y urbanas y en su programa de dirección de tesis. Su especial dedicación a los espacios urbanos (áreas metropolitanas, ciudades, barrios, calles, casas) es claramente relacionable con su preferencia por la geografía referida al hombre, incluso por el máximo de acción humana en la conversión del espacio físico en social. Además, estudió y enseñó los continuos avances en este campo, dentro y fuera de las aportaciones geográficas, y escribió directamente en 1964 sobre las relaciones conceptuales y metodológicas entre geografía y sociología, en la excelente tradición que iba de Reclus a Cholley, Sorre, George, Rochefort, hasta Claval y en su conocido arraigo en la geografía de lengua inglesa. Lo aplicó a sus propias investigaciones y lo inculcó en las que dirigía. Estructura, función y forma eran, pues, los tres ejes del paisaje humano. En esta cuestión hay una muestra más de la permanente relación en Terán de humanismo y ciencia, de sus conceptos geográficos profundos, de los métodos aplicados al espacio del hombre o a la realidad española, desde el hábitat rural a los cul-

tivos canarios, a Sigüenza, los montes de Pas, las calles madrileñas, que aparecen hasta en sus trabajos aplicados a la ordenación urbana y en sus manuales de enseñanza. El medio se ha hecho geográfico más que natural, escribía en 1964, la relación hombre-medio se ha vuelto recíproca y en tal encuentro es donde adquiere sentido la orientación social de la geografía. Los límites de las disciplinas fueron lógicamente objeto de debate. Del encuentro ha de pasarse a la colaboración, pensaba Terán, y con espíritu abierto veía fecundidad en atender al carácter formativo de la sociología teórica y a los datos y técnicas de la empírica. “En el estudio de los paisajes agrarios –escribía en 1964–, de su génesis y evolución, forma y contenido, la intervención de los factores sociales, incluidos las representaciones y motivos mentales de carácter colectivo, las instituciones jurídicas, las formas de propiedad y explotación del suelo y el sistema de técnicas aplicables en cada caso y creadas por un grupo de hombres, ha abierto perspectivas hasta hora inéditas y ha enriquecido el panorama de sugerencias e ideas exigidas para la comprensión explicativa de una realidad que hace algunos decenios se intentó establecer con la imperfecta iluminación de una causalidad simple y unilateral.”

La geografía, está caracterizada para Terán por “el contenido de su visión de lo real”. Este cuadro de su obra fue especialmente fértil. La mirada metódica, cultivada y amistosa puesta sobre los paisajes concretos, campos, pueblos y ciudades fue puesta en ejercicio en sus propios escritos regionales y en su organización de un plan de trabajo investigador, que se plasma en numerosas tesis doctorales y trabajos de discípulos. El panorama de sus análisis geográficos incluye desde la vida pastoril, las derrotas y cabañas de la cordillera cantábrica en 1947 y 1949 –estudios que son verdaderos hitos para su entendimiento– a los paisajes urbanos. A éstos dedicó una línea preferente, de diferentes modos: evolución urbana, morfología y hasta detalle de una arteria de especial dinámica, el barrio o la ciudad antigua. La ciudad, escribía, “y la forma de paisaje que ella instrumenta, en su forma extrema y límite, significa la operación trasmutadora más radical llevada a cabo por el hombre en el medio natural. El suelo en la ciudad... no es más que un soporte”. “La ciudad –añadía–... es fenómeno geográfico por... la rectificación y superación de las coacciones y resistencias (de las servidumbres del medio)... y cuyo resultado es una nueva forma de paisaje terrestre, un nuevo y originalísimo rasgo fisiológico añadido por el hombre a la naturaleza originaria”.

Por último, hay un acercamiento de Terán a la realidad más subjetivo para el que utilizó la herramienta literaria, con observaciones profundas y prosa excelente. Se trata de una publicación ocasional con título de resonancia naturalista, *Hojas de herbario*, que apareció como homenaje a Julián Marías (1984), nuevamente en una muestra de ese significativo puente intelectual al que antes nos referimos. Esas páginas posiblemente descubren al verdadero Terán, el fondo de su calidad humana e intelectual, las dotes que le permitían ver del modo que veía las cosas, actuar como actuaba, saber como sabía, enseñar como enseñaba, ser como era. De tales planteamientos hizo escuela y de ella salieron ramas, prolongó trabajo, extendió ideas. Quien haya tenido afición a la lectura podrá intuir no sólo a geógrafos en las raíces de la obra de Terán, sino un fondo cultural de Europa que incluye pensadores, escritores, científicos y artistas. Terán, como ha mostrado esta exposición de su obra, sigue siendo una elección, pues efectivamente son los discípulos quienes eligen a sus maestros.